

## Capítulo 10: El beso de la muerte

El cráter del volcán era un horrendo campo de cadáveres envueltos en polvo y sangre fresca.

El Emperador se levantó de su mullido asiento. Le llegaba por los hombros a la mayoría de sus guardaespaldas y ni sus holgadas ropas lograban esconder la oronda barriga de la vida imperial y sus exquisiteces. Alzó la mano para que se hiciera el silencio. Todos callaron. Furia escupió un gargajo mezclado con sangre, aunque nadie pareció dar importancia a la pequeña afrenta que a muchos les habría costado la vida.

– Hoy hemos sido testigos de un gran espectáculo. Una lucha encarnizada entre los más valerosos de los esclavos. Un despiadado torneo por la libertad. ¡Que nuestro sol sepa quien se ha ganado la libertad!

La cresta entera se enderezó los soldados alzaron las armas y corearon la palabra libertad en un coro atronador. Desde el graderío de los nobles también se oían silbidos, gritos y aplausos. El jaleo de la gloria. La gloria de dos esclavos que habían luchado por el derecho a volver a ser unos fugitivos exiliados.

Furia encontró la escena estrambótica y vergonzosa. Se giró hacia Petaco que examinaba el cielo con ojos embobados. Lo que estaba pasando allí en el volcán parecía no importarle en absoluto. ¿Estaría buscando alcohol en las nubes?

– ¿Se puede saber qué coño miras? – preguntó Furia de muy mal humor.

– Ojalá estuviera aquí mi maestro, Furia, ojalá... Las oigo, ¿sabes? A veces las entiendo. Pero ellas a mi no. Si mi maestro estuviera aquí, esto no habría pasado. Si mi maestro estuviera aquí...

Petaco se calló de pronto y Furia apretó los dientes. Un noble había salido del graderío y se había desplazado por un túnel de ovaciones hasta colocarse junto al Emperador y su holgada y colorida vestimenta.

– Con dos esclavos de su propiedad en pie, ¡declaro vencedor del Torneo de los Picos del Sol al conde de Tejmerel!

El Emperador cogió la mano del conde y la alzó en son de victoria. La multitud volvió a estallar en aplausos y vítores hacia aquel hombre alto, fornido y de pelo empolvado. Tenía más prestancia que el propio Emperador, a pesar de lo austero de su atuendo. Sus ojos fríos y severos inspiraban respeto, mientras que los del Emperador eran saltones y miraban con curiosidad confiriéndole un aspecto cándido.

Dos soldados imperiales, que se distinguían de los demás por sus capas doradas, transportaron un pequeño arcón que mantuvieron a la altura de la cintura para que el Emperador pudiera abrirlo sin agacharse. Se sacó una gruesa llave de un bolsillo y abrió el cofre. La sonrisa que dibujó la cara del conde brillaba tanto como el oro que tenía delante. A Furia le recordó a la sonrisa del jefe de su clan cuando le traían un cuerno de Unicornio. La sonrisa del ávaro sin escrúpulos. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

– ¡¿Y nuestro premio?! –escupió la mujer desde el cráter del volcán.

Los vítores se fueron extinguendo para dejar paso al silencio. El conde cerró el cofre y sus hombres lo llevaron a un lugar seguro. Intercambió unas palabras con el Emperador, y éste asintió.

– Sí, sí. Por supuesto –el Emperador carraspeó–. Decíme, esclavos del Imperio, ¿cuál es vuestro deseo?

– Quiero volver a ser libre como las nubes –declaró Petaco en tono solemne, tal y como lo había practicado y tal y como se esperaba.

El conde tomó la palabra desde lo alto de la cresta.

– Muy bien, que todos los aquí presentes sean testigos de que yo, conde de Tejmerel y regente de las Tierras Bajas, te concedo la libertad.

Los vítores irrumpieron de nuevo y Furia no supo decir si iban dirigidos al conde o a Petaco. O simplemente al viento, que ululaba como pidiendo protagonismo en el evento. Al cabo de un rato volvió la calma al lugar, y Furia adivinó la pregunta que le hacía el conde con la mirada.

Se lo pensó. Pero no era momento de cambiar de deseos. Llevaba mucho tiempo sopesándolo y el hecho de que Notas ya no estuviera no cambiaba nada.

– ¡Yo quiero un indulto! ¡Por todas las muertes de hoy que lleven mi nombre!

Un bisbiseo recorrió la multitud como una ola en un estadio. Muchos rieron, otros se extrañaron, pero ninguno se inquietó. Ni siquiera el propio conde. Eso fue una grata sorpresa para Furia.

– Las muertes perpetradas durante el Torneo de los Picos del Sol no son punibles –explicó el conde–. Además, solo han muerto esclavos.

– En mis tierras no hay esclavos, y todas las muertes se pagan. De una forma o de otra. En una vida o en otra.

– ¿Y los soldados que matasteis en mi fortaleza?

– No los maté yo –mintió.

El conde se rascó la barbilla mientras todos los presentes esperaban expectantes. El tiempo pareció tensarse y tuvo que ser el Emperador el que rompiera esa inquietante quietud.

– ¡Si quiere un indulto, le daremos un maldito indulto! ¡Fork! –llamó–. Escribe un indulto imperial y tráeme cera caliente.

Un tipo encorvado de pelo ralo y pocos dientes sacó un papel que apoyó sobre una tablilla y mojó su pluma en un tintero. Fue más rápido de lo que Furia se esperaba, y eso la hizo dudar.

– No tenemos cera, Su Alteza –dijo al tiempo que le entregaba el documento.

– Maldita sea. Dame el tintero –desparramó un poco de tinta sobre el papel de vitela y con holgada experiencia apoyó su anillo y apretó. Las líneas azules más oscuras plasmaron una cabeza de elefante con dos colmillos: el símbolo de la dinastía Samprati–. Que se lo lleven a la mujer –ordenó.

El conde observó la escena sin decir nada, y luego mantuvo la mirada fija en Furia. Ella le correspondió. Sus ojos trataban de leer en los de ella, y los de ella estaban ciegos de venganza.

Uno de los guardias que habían bajado al cráter se acercó a Furia y le entregó el indulto imperial. Ella hizo como que lo leía, pero lo único que veía eran gusanos azules, finos e inmóviles, formando ángulos de lo más inverosímiles. Pensó en Notas: él habría podido confirmar sus dudas. ¿Y si el indulto era una patraña? ¿Y si no tenía ninguna validez?

De perdidos al barro, como decían los Kaloshi. Guardó el documento pegado a su muslo gracias a la cuerda que se había atado y pasó la mano por el mango del cuchillo que tenía allí escondido. Aquello siempre le producía una sensación reconfortante. Sintió que entraba en calma de nuevo, y escuchó las palabras del conde, que escupía con acidez desde lo alto.

– Ya tienes tu indulto. Y ya has malgastado tu deseo. Sí, se te perdonan todas las muertes del día de hoy, pero seguirás siendo mi esclava. ¡Mañana volveremos a Tejmerel con la campeona del Torneo de los Picos del Sol!

Los soldados del conde rugieron y alzaron sus lanzas, espadas o arcos. Los otros nobles aplaudieron y el Emperador rio con ganas.

– Y ahora, ¡que dispongan las mesas, que traigan la comida y hagan venir a los bufones y músicos!

Una horda de sirvientes comenzó a bajar desde la cresta del volcán con tablas y sillas y madera. Los guardias también bajaron y empezaron a retirar los centenares de cuerpos inertes esparcidos por la roca. Los nobles se levantaron de sus asientos y cada uno se fue a la zona que le correspondía, donde aguardaban sus hombres.

El conde se dio la vuelta y el Emperador partió en otra dirección. El momento de los campeones había acabado. El momento de gloria había durado poco. Y eso era justo lo que Furia deseaba, porque estaba impaciente.

Ya nadie la miraba. Ni a ella ni a Petaco. Pero seguían ahí. En medio del cráter del volcán. Intercambió una fugaz mirada con su compañero, y si él entendió sus intenciones, no mostró ni aceptación ni rechazo. Simplemente alzó la cabeza para contemplar las nubes.

Furia sacó el cuchillo y lo hizo girar entre sus dedos con suma elegancia y rapidez. Acto seguido agarró el mango con fuerza, apuntó y lo lanzó hacia su ansiada venganza.

Algunos soldados que había en el cráter dejaron escapar gritos de asombro o de sorpresa. Pero nada alertó al conde. Nadie le avisó. Porque ya era demasiado tarde. Porque ya no servía de nada. El conde no sospechó de nada. No hasta que el cuchillo silbó en sus oídos. No hasta que se clavó en su nuca. No hasta que la punta rasgó su garganta. No hasta que la sangre empezó a manar de su boca.

El indulto la eximía por sus muertes, y su amo había muerto. Furia sonrió por fin.

Libre.